

... Este libro imprescindible está llamado a interpelar e incomodar la placidez de las buenas conciencias...



FOTOGRAFÍA: MORGUEFILE.COM

La urgencia de develar la realidad y el valor de la imprudencia

Texto leído el 1 de marzo de 2012, en la presentación del libro *La ideología mestizante, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales. Una revisión crítica de la "identidad nacional"*

Oscar Soto Badillo

Académico de Tiempo en el Departamento de Humanidades, Universidad Iberoamericana Puebla.

I.

Cuando se trata de analizar un texto conviene detenerse un poco en valorar no sólo su contenido, lo que se dice en él, sino también, "desde dónde se dice", quién es aquel que formula las ideas y desde qué posición lo hace.

El texto que nos ofrecen Jorge Gómez Izquierdo y María Eugenia Sánchez es el producto más reciente de una construcción intelectual y un compromiso de vida, que sin soluciones de continuidad, cada uno de ellos han ido bordando, con paciencia, con coraje y pasión, a lo largo de muchos años.

De este compromiso dan cuenta la labor investigadora, la fecunda tarea de divulgación, así como la vinculación activa con las luchas de los pueblos indios y de diversos movimientos sociales, que cada uno de ellos, por separado, han forjado, con gran hondura humana, trascendiendo los recintos académicos, lo que los hace no sólo intelectuales de primera línea, sino ejemplo de trabajo arduo e incondicional por la equidad y el diálogo horizontal entre los diferentes.

Como no podría ser de otro modo, tratándose de Jorge y Maru, este texto es también la síntesis de un diálogo fecundo, no sólo entre los autores, sino un diálogo de muchas voces, justo ésas que se han encontrado con Jorge y Maru lo mismo en los recintos universitarios (como el Seminario sobre Racismo, coordinado por Jorge en la BUAP o la Cátedra Alain Touraine que Maru fundó en la UIA Puebla) que en muchos pueblos y caminos de México y en no pocos lugares del mundo. Encuentro de voces que, sin duda, les han interpelado.



Jorge Gómez Izquierdo y María Eugenia Sánchez Díaz de Rivera, *La ideología mestizante, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales*, Universidad Iberoamericana Puebla/ Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades BUAP, 2011, 140 páginas.

Ahora estas búsquedas y encuentros vividos en paralelo se encuentran para brindarnos un libro que, desde ahora, habrá que declarar imprescindible. Un texto que se destaca por el riguroso proceso de investigación y diálogo que lo sustenta, por la contundencia de la información que aporta, por la solidez teórica que lo fundamenta, por la finura de su tejido argumentativo, por su claridad narrativa y, también hay que decirlo, por la enorme dosis de imprudencia con el que ve la luz. Me refiero, claro, al hecho de que este libro se presenta en el contexto de la reciente conmemoración del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución mexicana.

Por eso resulta, cuando menos, un libro incómodo, que pone en perspectiva la forma en que desde las instituciones del Estado y las más diversas jerarquías (la de la Iglesia incluida) se abordó dicha conmemoración, muy lejana de la urgente reflexión social sobre nuestra historia y sobre el desastre en el que se ha convertido nuestro país, justo una reflexión que este libro nos propone. Pero incómodo también para el lector, que como yo no ha podido evitar verse confrontado por sus reflexiones, advertencias y propuestas.

Comentar un texto como éste, con los antecedentes que les comparto y con los alcances que tiene es lo mismo un privilegio que una enorme responsabilidad.

Probablemente el símbolo más reciente y más evidente del imaginario del poder sobre la identidad mexicana, que tiene en el acontecimiento independentista y en la gesta revolucionaria sus hitos paradigmáticos, lo representa el muy famoso monumento (inaugurado el 7 de enero de 2012), llamado oficialmente la *Estela de Luz* (pero al que la sabiduría popular ha renombrado como “la suavicrema”). Esta obra fue pensada para ser un hito urbano-arquitectónico emblemático del México moderno y un espacio de conmemoración situado en el Paseo de la Reforma como remate del trazo original de la más emblemática avenida del país (1864). De acuerdo con Felipe Calderón, “por su importancia simbólica y belleza arquitectónica, este monumento se sumará a la majestuosidad de obras tan emblemáticas y admiradas por todos los mexicanos, como son el Ángel de la Independencia, el Hemiciclo a Juárez o el Monumento a la Revolución.

Su morfología “fálica” fue descrita por su diseñador, el arquitecto César Pérez Becerril como: “dos esbeltas placas paralelas de cuarzo (importado de Italia) de 104 metros de altura -dos veces cincuenta y dos, que en el mundo mesoamericano constituían un ciclo completo-; “cada una de ellas simbolizando los dos siglos del bicentenario y las dos culturas que son la esencia de nuestro mestizaje”. Su ubicación espacial y su lugar entre los hitos arquitectónicos a los que se hermana, por sí mismos revelan el imaginario al mismo tiempo homogeneizador y excluyente que sustenta su mensaje.

La secuencia de hechos que derivaron en su construcción, en la que se destaca el retraso de quince meses en su entrega, y la develación del despilfarro y la corrupción de funcionarios y empresarios implicados en su edificación, son igualmente reveladores (de 200 a poco más de 1 000 millones de pesos). En más de un sentido y de manera paradójica, ese monumento materializa algunos de los muchos elementos que son objeto de análisis en el libro que hoy presentamos.

Así, a contrapelo del banal discurso celebratorio, Maru y Jorge, proponen una honda reflexión histórica sobre la construcción discursiva de nuestro ser colectivo, que tiene como ejes analíticos dos grandes procesos:

La constatación de que:

1. La sociedad mexicana se ha caracterizado históricamente por la desigualdad y la discriminación y por una identidad colectiva de rasgos clasistas, sexistas y racistas sustentada en atributos bioculturales, identificados en principio por el color de la piel y la herencia de sangre que tienen en la figura de las castas coloniales, primero y del mestizo después de la independencia, su imagen más evidente

2. La ideología dominante, impulsada por la élites nacionalistas de cada momento histórico, fundamentada en los argumentos de destacados intelectuales igualmente nacionalistas, que legitima y da cuerpo a esta identidad, pretende generar un imaginario de que en nuestro país el racismo era inexistente o en todo caso irrelevante, al tiempo que se ensalzaban las bondades de la preeminencia masculina y del necesario blanqueamiento de la piel, como condición de mejora de la raza mexicana, lo que favoreció un perfil autodenigratorio, machista y excluyente.

II.

Hay un elemento conceptual que atraviesa todo el hilo argumentativo del texto. La noción de identidad, un concepto problemático como pocos, que, sin embargo, es retomado a partir de distanciarse de la atribución esencialista y estática que lo ha caracterizado, para entenderlo como el proceso de ubicación cognitiva, emocional y simbólica en el tiempo y en el espacio, ubicación que se va elaborando, deconstruyendo y re-elaborando a partir del reconocimiento y la diferenciación, y que es el mecanismo que permite procesar experiencias y acontecimientos.

Esta noción relacional del concepto de identidad es crucial para comprender la elaboración de una noción de mexicanidad forjada justamente a partir de la selección de hechos históricos y la interpretación de sus significados como base para establecer diferenciaciones internas y sustentar una estratificación de la población. Una identidad que debe mucho al entrelazamiento de relaciones de dominación en el que confluyeron los afanes del Estado y la Iglesia, referentes institucionales del poder, que con el soporte legitimador de no pocos intelectuales nacionalistas, se disputaron siempre la definición última de lo que es la “auténtica” nacionalidad mexicana: la ideología mestizante y el guadalupanismo.

El resultado histórico ha sido un imaginario colectivo que al *naturalizar las diferencias de todo tipo* [étnicas, de género, religiosas, etc.] *legitima las reales desigualdades e injusticias sociales*.

Desde esta noción problematizadora, se propone una pregunta central: si la identidad supone, entre otras cosas, reconocimiento recíproco, ¿qué significa nuestra identidad colectiva y qué tipo de reconocimientos contiene, ante datos tan contundentes de desigualdad en la distribución del ingreso, y la discriminación entre los mexicanos?

Nuestros autores lo sintetizan de este modo:

El deseo de imaginar la nación en términos biológicos, de purificar la reproducción de la población para ajustar formas hereditarias, de regular el flujo de personas a través de las fronteras nacionales, de definir con nuevos términos quién podía pertenecer a la nación y quién no, se convirtieron en cuestiones de género y de raza, y produjeron propuestas o prescripciones intrusivas para nuevas políticas estatales para los individuos. A través de las ideas eugenésicas, el color, el género y la raza fueron atados a las políticas de identidad nacional...

Así puede entenderse cómo el violento y desigual choque de dos matrices civilizatorias, la mesoamericana y la occidental; la derrota, desestructuración y estigmatización de aquella, que tuvo lugar a partir de la conquista europea, pudo resolverse ya a fines del siglo XVIII, en la idea fuerza del encuentro y fusión de culturas, y la invención del mestizo como su síntesis biológica, política y cultural.

Como afirma Carlos Montemayor,

[...] a partir de entonces creemos descender de españoles e indios, nos creemos herederos de una gran cultura prehispánica y la aceptamos sin compromiso con los pueblos que descienden de esas viejas culturas [...] Como en una especie de esquizofrenia social, abrimos un gran abismo entre la población indígena actual y la prehispánica [...] exaltamos la memoria prehispánica como mestizaje, pero nuestro racismo se pone al descubierto frente al indio real [...]

De este modo, la identidad nacional, necesaria como dispositivo cognitivo y emocional para la unificación del país, para la legitimación simbólica del Estado-nación, supuso hacer del mestizo, la piedra de toque para la construcción del Estado-nación y al mestizaje, la condición de pertenencia. Esta construcción ideológica, esta ideología mestizante, como condición racial de la mexicanidad, ha descansado en una intención, a veces proclamada, otras, encubierta: homogeneizar la composición social a partir del blanqueamiento de la población de piel oscura y rasgos indo-africanos, perpe-

tuando las tendencias mentales del mestizaje colonial (como el normal asentimiento de la propia inferioridad).

El pretendido proyecto civilizatorio tiene expresión clara en los discursos de sus intelectuales orgánicos. Discursos que facilitaron la creación de una nueva percepción del mestizaje como *mito de origen* de la nación y como *solución eugenésica* al problema de la heterogeneidad étnica, resaltando el generoso espíritu del conquistador por regalar una nueva raza a la humanidad. Cuestión que estaría en la base del esfuerzo educador del Estado, para la conformación de una conciencia nacional. Basta traer a cuento algunos pasajes, citados en el libro, que revelan esta elaboración:

La causa fundamental y fatal de la decadencia indígena es el choque de la civilización europea y americana, cuyo resultado no fue más que el desarrollo y cumplimiento de una ley natural: el triunfo de los más aptos (José López Portillo y Rojas).

Comienza a advertirse este mandato de la Historia en esa abundancia de amor que permitió a los españoles crear una raza nueva con el indio y con el negro, "una raza definitiva, raza integral, hecha con el genio y la sangre de todos los pueblos, y por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal; prodigando la estirpe blanca a través del soldado que engendraba familia indígena y la cultura de Occidente por medio de la doctrina y el ejemplo de los misioneros que pusieron al indio en condiciones de penetrar en la nueva etapa: la etapa del mundo. La colonización española creó mestizaje; esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir (José Vasconcelos, 1923: 14).

El indio se incorpora, quiéralo o no, para sobrevivir, y de esta manera tiñe con su colorido todas las expresiones de la vida nacional. Tiene que asimilar la técnica occidental y su suerte será la de la nación misma. La mestización del indígena [...] ha sido la mejor de las respuestas al estímulo occidental que se hizo patente desde la conquista [...] La cultura mestiza que ahora se empieza a perfilar es occidental, ni que negarlo, pero a pesar de ello, distinta, inconfundible [...] la formación del mestizo y la incorporación del indígena, son respuestas al estímulo occidental (Leopoldo Zea, 1955: 99).

No se trata de indianizar a México, sino de mexicanizar al indio (Lázaro Cárdenas).

III.

A partir, sobre todo, de la Revolución mexicana, los antropólogos cercanos a la esfera del poder promovieron una política indigenista de unidad racial, sustentada en la occidentalización del indio, que fue asumida y promovida por el

Estado. La sociología criminal, influida por las premisas de la teoría jurídica de la “defensa social”, hizo propuestas concretas para atajar la criminalidad considerando que se trataba de una tendencia innata en determinados individuos y grupos étnicos, de lo que se desprende el delito de “portación de cara”. Las políticas demográficas encararon el problema de la despoblación del país promoviendo la inmigración de individuos de raza blanca. Finalmente, los médicos y psiquiatras que adoptaron los supuestos de la eugenesia y de la higiene mental establecieron un conjunto de medidas para controlar la reproducción de “indeseables”.

En su momento, el planteamiento de impulsar una mutación racial cuyo sentido era determinado y guiado por el Estado tuvo un impacto profundo. La ideología de la depuración racial sirvió de punto de apoyo a la nueva política de masas basada en la organización corporativa de las clases obrera y campesina y en la construcción de una religiosidad laica, sustento simbólico de la legitimidad estatal que se propuso disputar a la Iglesia y a la figura de la “virgen morena” su legitimidad unificadora.

De este modo, se fortaleció la nueva forma de nacionalismo construido en torno a la representación de una sociedad unificada alrededor del mito revolucionario y sus precedentes liberales, y al Estado que lo encarnaba. El programa de transformación emprendido desde los ámbitos médico, psiquiátrico, antropológico, sociológico, demográfico, judicial y mediático configuró un “bloque ideológico” dentro del que circularon y fueron intercambiadas premisas básicas de la cuestión racial. Desde ahí fue construida y articulada la utopía de forjar un “hombre nuevo”, concebido como la partícula elemental de la nación revolucionaria y de las organizaciones de masas.

La construcción ideológica del mestizaje revela así el imperativo nacionalista de la homogenización total y la mejora de la raza como exigencia de inclusión y acceso con plenos derechos ciudadanos a la nación. Los indígenas y los otros “de color” debían pasar por la purificación mestiza, transformarse en mestizos, *so pena* de incorporarse en la larga lista de sujetos con atributos indeseables: feo, tonto, malo, flojo, etcétera.

Pero este edificio ideológico cruje ante el discurso multiculturalista que impone la mundialización; la presencia actual del indio resulta una diferencia problemática, amenazante para la nación. De ahí que la conducta paternalista y apostólica de las élites y la aceptación formal de derechos consagrados internacionalmente, se conjuga con su miedo paranoico:

[...] el indio abandonado a sus fuerzas no podrá remediar su situación, sólo la ayuda de los hombres superiores redimirá al indio. Pero si se le educa demasiado, el indio puede desarrollar un “carácter maligno”, volverse arrogante contra el “blanco” y sentirse con la fuerza necesaria para emprender la recuperación de sus territorios. Por eso, “sería peligroso poner a los indios en estado de entender los periódicos” (advertencia de Lucas Alamán).

Es célebre el ofrecimiento del perdón de Carlos Salinas a los indios del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994, lo es más y más temible, la respuesta zapatista: ¿quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo? De igual modo, puede entenderse la negación del Estado a reconocer los acuerdos de San Andrés, previamente firmados y valorarse mejor, el digno silencio zapatista. Hoy, los pueblos indios, muchos de los cuales se debaten en la más terrible miseria y abandono (como hemos podido constatar en la tragedia humanitaria del pueblo rarámuri), siguen siendo objeto de “interés público” y sus derechos colectivos se encuentran gravemente acotados, sus territorios asediados y sus experiencias de organización autónoma, que se desarrollan en el campo de la

salud, la educación, la procuración de justicia, la producción, estigmatizadas y perseguidas. Muchos de sus dirigentes han sido asesinados o están en la cárcel.

Para nuestros autores, el mestizaje es mucho más que el cruce de razas diferentes:

El modelo de percepción de las alteridades propia de la ideología mestizante, más que una real y efectiva fórmula de cohesión e integración, ha generado sus propias exclusiones, teniendo en el centro la herencia negativa de la violación sexual de la mujer india y africana, “botín de guerra para los vencedores” (Manrique, 1999), que deviene en la construcción estereotipada de la mujer como objeto reproductor sumiso y humillado, del indio vencido y despojado como expresión contundente de la capitulación de los inferiores en una empresa eminentemente masculina; y su resultado es el producto de esa violación: un sujeto híbrido de sangre impura y vil, piel morena tras la que se mantiene firme e intocable, como expectativa, el ideal de la piel blanca, que representa, en nuestra tradición mexicana, la mejor garantía para acceder a la cúspide del aprecio social y al goce de ciertos privilegios.

De ahí la ambivalencia del mestizo como construcción identitaria. Por un lado se le ensalza como símbolo del éxito cultural y biológico de la fusión racial, pero al mismo tiempo, es apenas un esbozo de la raza superior que se aloja en mayor o menor medida, debajo de su piel. Si ha de ser, deberá lavar generación tras generación, los resabios oscuros que lo acercan más al indio o al negro, pigmentos que son la medida de la distancia de su propia realización que se halla, siempre como promesa, en su blanqueamiento definitivo.

IV.

De ahí también que los autores afirmen:

En la conformación del mito sobre el “mestizo”, se agita una voluntad de legitimar el poder que sustituye la democracia real con una mitología que ofrece cohesión social imaginaria, una ilusión que el nacionalismo brinda de una supuesta armonización de intereses y mentalidades en el cuerpo de una raza privilegiada. Los “criollos” en su posición de clases dominantes encontraron de suma utilidad este mito para así mantener sus privilegios y continuar consolidando en sí mismos un sentimiento de superioridad esencial que continuó nutriendo las fracturas históricas[...]

(por su carácter de referentes dominantes, culturales y biológicos de ese mestizaje, manifestado en el ideal del blanqueamiento nunca alcanzado), lo que enfatiza una distancia que no puede remontarse.

Así, en la sociedad mexicana, el criollo necesita al mestizo para legitimar su superioridad, como el mestizo al indio.

V.

Los autores afirman que *las consecuencias de sostener y reproducir esta identidad son mucho más graves, para la sociedad en su conjunto, de lo que se ha querido reconocer*, sobre todo, a la luz de las grandes transformaciones sociales que caracterizan nuestra contemporaneidad en crisis. Una crisis generalizada en la relación entre Estado y nación y de la relación entre estados nacionales entre sí, que se expresa, entre otros aspectos, en la falta de correspondencia creciente entre Estado e identidad nacional, que el símbolo de la *Estela de Luz* representa, y en la reconfiguración de tiempos y espacios,

identificaciones, sentidos y pertenencias de los sujetos individuales y colectivos, lo que, de acuerdo con los autores,

[...] ha desencadenado una crisis de las estructuras sociales y el resquebrajamiento de referentes identitarios que aseguraban algún sentido de la vida individual y social: Una ruptura o desarticulación de las mediaciones institucionales y simbólicas del pasado (Bartra, 1994), un proceso de reordenamiento y profundización de diferencias y desigualdades (García Canclini, 2006) y un resquebrajamiento de los protocolos de interculturalidad que, aunque frágiles, lograban cierta cohesión social.

Ciertamente, como afirman, la interpretación de los acontecimientos fundacionales que dieron origen a la moderna nación mexicana sigue siendo polémica, dolorosa y frustrante, así como un obstáculo en la reconstrucción del tejido social, la reforma del Estado y la elaboración de pistas de acción conjuntas (María E. Sánchez, 2006). Pero su comprensión se vuelve aún más compleja ante la evidencia del resquebrajamiento de la soberanía estatal sobre las relaciones sociales, económicas y culturales territoriales, por el que el Estado deviene en una entidad básicamente punitiva, orientada fundamentalmente a reprimir el descontento creciente y sus muy diversas manifestaciones.

Tal vez, las violencias prevalecientes y la forma en que se las enfrenta desde el poder formal, lo mismo que el distanciamiento y encerramiento de crecientes segmentos sociales, que se manifiestan en la creciente desconfianza social y en los múltiples dispositivos defensivos que ensayamos unos más que otros, en nuestra cotidianidad plagada de miedos e incertidumbres, pueden encontrar alguna explicación en estos procesos complejos.

Por todo lo anterior, lo que se desprende del análisis de nuestra identidad dominante, tal como lo proponen Maru y Jorge, es la urgencia de un nuevo proyecto societal, que sólo puede realizarse *por la reconfiguración del sistema político y de las identidades sociales hacia un posible escenario de construcción de horizontalidades económicas, políticas y simbólicas. De una igualdad sin homogeneización y de un reconocimiento de las diferencias sin discriminación*. Se trata, en suma, de un proyecto en el que todos estamos implicados.

El racismo (aun aquel que se disfraza de buenas maneras) sigue siendo una fuerza ideológica viva y actuante que se transforma y determina las diferencias, asigna los roles social y de género, establece las jerarquías y da sustento al sistema de dominación. El racismo lejos de desaparecer, se refuerza y sigue permeando nuestra identidad colectiva por mediación del mito mestizo y por la negación de sus manifestaciones. Sólo asumiendo esta condición, podemos aspirar a superarla.

Este libro imprescindible está llamado a interpelar e incomodar la placidez de las buenas conciencias, de los espíritus conservadores que no quieren ser tocados en sus seguridades, mientras el tejido social se deshace en medio de las más diversas violencias, inequidades e injusticias.

En este trastocar de conciencias, este libro es un arma para poder librar una batalla mayor: la batalla por deconstruir y reorientar las relaciones dominantes en nuestro país, y aquella que nos lleva a enfrentar nuestros propios condicionamientos y demonios interiores, esos que nos impiden descubrir el cristal oculto debajo del espejo en el que miramos nuestra identidad inventada, para poder mirar el rostro del otro en su diferencia constituyente y en su absoluta dignidad y, sólo así, atrevernos a levantar puentes que remonten el abismo de incompreensión que nos separa para ir a su encuentro y, al fin, poder mirarnos sin vergüenza a nosotros mismos.